

Entre Villegas y Villamorón profesiones a montón

Desde muy pequeñita tuve la suerte de pasar los largos veranos en Villegas con mis abuelos.

La fortuna de no tener móvil ni internet y justo dos canales en la tele me empujó a chospar alegremente por todo el pueblo. Parábamos justo a repostar a las horas de las comidas, debidamente pactadas con mi madre y siempre negociadas con mi abuela.

Empezamos a descubrir profesiones y con los años exploramos varios ámbitos. De uno de mis primeros veranos recuerdo las ricas paellas de tierra, hierba y piedrecitas que no parábamos de cocinar en el supositorio, con ese juego gris de cazuelitas de acero que tenían tapa y todo. Estaba claro que quería ser **cocinera**.

Otra profesión relacionada con la gastronomía: **catadora del jamón** que me daba la madre de una amiga a la que siempre saludaba por su nombre apellidándola jamón con mi mejor sonrisa. Luego, cogíamos nuestras barriguitas y nos subíamos en su cosechadora a intercambiar modelitos que cosíamos con retales que pillábamos por casa. Mi abuela, cada vez que cogía la aguja, se encomendaba al Santo Cristo del Humilladero y yo no entendía muy bien por qué. **Diseñadoras de altos vuelos**.

A base de mucho entrenar me hice una **catadora de chorizo profesional**, hasta el punto que mi abuelo tuvo que poner un cerrojo por fuera en el cuarto de los chorizos. Lo gracioso es que estaba a media altura, exclusivo para mí. Con los años esa habitación se convirtió en mi cuarto, como no podía ser de otra manera. Era la persona que más veces lo ha visitado para mangar chorizo de las tinajas donde lo conservaba mi abuela con aceite. Todavía recuerdo el sabor de ese chorizo. Ahora tengo la suerte de seguir disfrutando del mejor chorizo del mundo mundial en casa de mi familia adoptiva.

Catadora también de los bocatas de torta de Licinio con Nocilla que me preparaba mi prima “la cocinillas”. Ella era más visionaria gastronómicamente hablando, a la Nocilla le ponía chorizo Pamplona. Una avanzada a su tiempo.

El verano era muy largo y seguíamos explorando. Tuvimos la brillante idea de montar nuestro propio taller de perfumes, con el bote de alcohol que tomábamos prestado a una abuela mientras estaban en el Rosario y varios pétalos que cogíamos del jardín de la otra abuela. Dejábamos macerar nuestra fórmula secreta en un bote de plástico azul con dosificador (todo un inventazo para la época) y con suma delicadeza nos fumigábamos cuello, cabeza, manos ropa... Está claro que la piel curtida al sol de Castilla se hace más fuerte. **Perfumistas**.

Otra profesión de mis primeros veranos fue la de **cazadora de saltamontes**. Largas tardes mejorando nuestra técnica que combinaba mi entusiasmo con la

paciencia de mi amiga. Luego, al bote y a observarlos. A las noches los soltábamos y al día siguiente vuelta a empezar. Éramos intrépidas cazadoras con el amigo lobo de Félix Rodríguez de la Fuente. También probamos a cazar mariposas con un trozo de pan y miel y, aunque tengo que reconocer que son más bonitas que los saltamontes, la misión resultaba más aburrida. Éramos más de actuar, que de esperar, así que ampliamos objetivos: los grillos.

Mi abuelo fabricaba en su taller mil y un inventos, entre ellos unas jaulas pequeñas de grillos. Qué más queríamos, ya veíamos crecer nuestra empresa con las exportaciones. Al final no fueron muchas, bueno, la verdad, solo uno de los grillos villeguinos viajó a la capital. Tuvo una vida feliz hasta que decidió escaparse y saltar por la ventana. Creo que siguió siendo feliz porque por las noches cantaba que daba gusto, los vecinos del edificio alucinaron durante días. Que no se quejen, que traje fauna al patio interior sin derrama.

Voy creciendo y con ello mi interés por el mundo animal también crece. Tocaba el turno de los pajaritos. Al primer gorrión que tuvo la suerte de aterrizar cerca de nosotras lo llamamos, como no podía ser de otra manera, Pichín, como el de Heidi. Le hicimos una camita con una caja y algodones porque no sabía volar. Así aprendimos que lo que a nosotras nos parecía algo súper cómodo, a Pichín se le enredaba en sus patitas, lo cambiamos por una tela. Fue una amistad tan intensa como corta. Pichín se nos murió a los dos días y ahí oficiamos nuestro primer funeral con entierro y todo. Lo enterramos debajo de los rosales de la amiga de mi abuela mientras las abuelas estaban en el Rosario. Hay que ver la de cosas interesantes que hacíamos en el rato que las abuelas nos perdían de vista.

Un viaje emocionante era ir los lunes al mercado de Villadiego: pipas, aceitunas, gominolas... Aquello era como el bar de la Leo, pero a lo grande. En uno de estos viajes, mis abuelos nos regalaron a mi hermana y a mi dos pollos de colores: uno rosa fosforito tipo chicle Cheiw fresa ácida y el otro verde fosforito como un caraibo.

Teniendo en cuenta que mi etapa de **avicultora** con Pichin había durado dos días, en cuanto me acerqué a achuchar a los pollitos me di cuenta que olían fuerte y se me ocurrió la brillante idea de bañarlos en un barreño con champú y todo. Todavía recuerdo la cara de susto de mi abuelilla y las risas de mi abuelo. Lo más bonito de ese momento fue como mi abuela me explicó que no se puede bañar a los pollos porque cogen mucho frío y mientras hablaba se metió un pollito debajo de la bata para darle calor con su pecho y yo hice lo mismo. El pobre pollo rosa pensaría: "que alguien vigile a esta chiguita que me ha metido a remojo, me ha llenado de espuma. Ahora estoy atrapado en un jersey y todo en menos de 15 minutos." Con el tiempo los pollitos de colores se convirtieron en dos hermosas gallinas blancas con las puntas de las plumas de colores, vamos, unas modernas rollo David Bowie.

Un viernes al ir al pueblo ya no estaban en el taller y mi abuela me contó que se habían ido a Villadiego a vivir a la granja de unos amigos. No recuerdo qué comimos ese fin de semana y mi abuelilla se mantuvo firme en su versión.

Mi siguiente contacto con los pájaros fue el día de mi comunión, a la mañana aterrizó desde el campanario un pichón. Raudo y veloz mi tío lo cogió y empezó a gritar “¡la cazuela, a la cazuela!” mientras corría muerto de risa. Y yo por detrás “noooo nooo a la cazuela nooooo”, pero esa vez lo de la granja de Villadiego no coló.

Viendo que el mundo de las aves no era lo mío me fui a investigar a las ovejas. Mi amiga me enseñó a ordeñar (o eso me creía yo en ese momento, porque la verdad es que ella sacaba leche para un vaso y yo para un chupito). Lo mejor de mi **etapa ovina**: fue conocer a Tomasina, la oveja más rechula de toda la comarca. La llamaba por su nombre cuando pasaba por la puerta de casa y venía a saludarme. Todavía recuerdo la emoción que sentía al verla. Un día, de camino al pueblo, le dije a mi padre que se diera más prisa al volante porque la Tomasina iba a dar a luz, mi madre se giró y entre risas me explicó que los animales no dan a luz, que las ovejas paren. La verdad es que no entendí muy bien la diferencia y creo que a día de hoy tampoco.

Recuerdo unas navidades en casa de mis abuelos que marcaron un antes y un después en mi vida Villeguina! ¡¡¡Los Reyes Magos me regalaron una bici!!! Fue uno de los regalos que más ilusión me han hecho, tenía ruedines y tardé unos años todavía en poder cruzar la carretera para ir a Puentipiedra, pero mientras tanto aprendí a derrapar con las rodillas por toda la plaza. Con los años una amiga me enseñó a andar en bici. Tras muchas vueltas de ensayo, llegó el gran momento, Puentipiedra arriba, empujoncito y, ale, yo sola hasta el puente de Servando. Sentí una satisfacción comparable a la de Perico Delgado en la vuelta a España.

Esas navidades no solo me trajeron mi primera bici, también me consagraron como: ¡reina de las guirnaldas! uno de mis disfraces preferidos. Mi tía me puso una de sus chaquetas y todas las guirnaldas de los regalos que habíamos abierto. Estaba yo más contenta que Marisol en la peli de *Tómbola*.

¡Y llegó el gran momento! Ya podíamos cruzar la carretera en bici. Los primeros días me bajaba de la bici y miraba derecha e izquierda tantas veces que parecía que estaba viendo un partido de Arantxa Sanchez Vicario. Tanto mirar, tanto mirar que, claro, al final siempre aparecía algún coche.

La bici nos dio una libertad tremenda, nos plantábamos en la otra punta del pueblo en un minuto y a las mañanas, de casa en casa, en pijama, nos íbamos a buscar uno de los grandes placeres del pueblo para mí. Eso sí, no podíamos pasar por la plaza en bici y en pijama cuando estaba el pescadero, que ya nos decían las abuelas que luego dábamos de que hablar.

Ciclistas de pueblo otra categoría que debería ser olímpica porque engloba varias modalidades, tanto podía ser urbana viajando a Villadiego o Sasamón, de monte yendo por los caminos, *sprinter* cuando te llamaba la abuela “¡A merendaaaaaarr!” ¡La bici se convertía en una moto, zas, a toda cisquera!

Como ya podíamos ir a Puente Piedra, el primo de mi amiga nos invitó a ir a pescar, madre mía qué emoción, ya me imaginaba yo poniendo en la gloria una foto sujetando un salmón de medio metro como en las películas. Pero resultó que nuestra labor era buscar lombrices y encima no podíamos hablar mucho porque espantábamos a los peces. Decidimos que, por el momento, no seríamos **pescadoras**.

Un buen día, en la misa del domingo, Don Sebas pidió voluntarios para leer y a mi amiga y a mí nos pareció una idea maravillosa, así que, ni cortas ni perezosas, esa misma tarde nos plantamos en la casa parroquial para ofrecernos voluntarias. Don Sebas dudó un poco y nos dijo que se refería a personas mayores, pero al final nos dejó que subiéramos las dos a leer al altar. Nos tomamos nuestra labor muy en serio, nos pasamos dos días antes repasando la lectura que nos tocaba, creo que todavía sé de memoria alguna *Carta a los Corintios*. Lo mejor era estar subida a un taburete leyendo y viendo la cara de satisfacción de nuestras abuelas al vernos de **monaguillas**. Esos domingos había paga fijo.

Seguimos en nuestra búsqueda de profesiones y descubrimos el macramé que entonces denominábamos: “diseño de pulseras de hilo”. Eso sí que molaba, solo necesitábamos los hilos de colores, un imperdible enganchado al calcetín y ale empezábamos a fabricar pulseras en cualquier lugar. Fue nuestro primer contacto con el teletrabajo.

También hice mis pinitos dando de comer a los cerditos, vendimiando y pisando uva para hacer vino, di clases particulares, hice piezas de arcilla con la tierra que cogíamos camino a la ermita y secábamos al sol, diseñé cuadros en el suelo de la plaza con tizas, pesqué renacuajos en la fuente de los renacuajos durante varios años y mil aventuras más.

Una infancia tan bonita no cabe en un relato corto.

En Villegas descubrí la diferencia entre un trabajo y una profesión.

Con el trabajo ganas dinero para vivir y una profesión te da GANAS DE VIVIR.

Durante mi infancia he compartido todas estas aventuras y muchas más con mi AMIGA. Cuando me refiero en este relato a mi amiga se trata de varias amigas, a las que hoy en día tengo la suerte de considerar mi familia.

Gracias a mi familia, a mis amigas, amigos y a sus familias, gracias a todos vosotros, siento que VILLEGAS es mi casa.